

OCTAVIO NICOLAS DERISI Y EL TOMISMO EN LA ARGENTINA

Historia y testimonio personal

Yo lo extraño a Monseñor Derisi. En el lenguaje familiar empleamos el argentinismo *extrañar* en el sentido de *echar de menos a alguien* que nos falta, es sentir la falta de alguien a quien he amado, amo y amaré siempre. Por eso me ha parecido bueno para todos y para mí mismo, reexponer y valorar su vida y su obra no sólo intelectualmente sino entrelazando con ella mi testimonio personal. Esta actitud va entrecruzando, como los hilos de un tejido, la exposición reflexiva y la confesión interior.

A modo de introducción, conviene, por un lado una mirada histórica acerca del tomismo en la Argentina y, por otro, narrar la oportunidad y el modo de mi encuentro con Derisi.

Son conocidos los antecedentes históricos que he expuesto largamente en otros lugares¹. Bástenos recordar que la filosofía tomista, como sistema, es relativamente reciente, porque en la Universidad de Córdoba, desde su fundación (1613) predominó la escolástica suarista, salvo en la enseñanza de la Teología, en la cual los profesores debían enseñar por la *Summa* de Santo Tomás. No obstante, el primero de los filósofos argentinos, Luis de Tejeda, reprochaba a los jesuitas no seguir al Aquinate; una atenta búsqueda puede llevar a encontrar influjos importantes de Santo Tomás y, en algún caso, su evidente presencia, como en el franciscano Mariano Velazco, quien enseñó la filosofía moral siguiendo al Angélico Doctor². Sin detenerme en antecedentes poco precisos –como algunos tradicionalistas católicos y los balmesianos cordobeses– el tomismo ortodoxo comienza a hacer acto de presencia en la obra no sistemática todavía de fray Mamerto Esquiú, los PP. Fernando Falorni y Jacinto Ríos, los laicos Pablo Julio Rodríguez, Gerónimo Cortés y Nemesio González a fines del siglo XIX, coincidiendo con la promulgación de la Encíclica *Aeterni Patris* (1879). A principios del siglo XX es menester citar al franciscano José María Liqueno y a Mons. Audino Rodríguez y Olmos; después de ellos, la acción de Luis Guillermo Martínez Villada y de Tomás Casares, a quien le debemos la fundación de los Cursos de Cultura Católica en 1922. Creo que esta fecha es fundamental porque coinciden en la reflexión y en la acción, en las revistas en las que escribieron o a las que fundaron y en sus primeros libros, muchos hombres beneméritos tales como Julio Meinvielle, Juan R. Sepich, Leonardo Castellani, José María de Estrada y nuestro Octavio Nicolás Derisi, quien comenzó a publicar sus obras en 1930, año de su

¹. *Historia de la filosofía en Córdoba (1610-1983)*, 3 vols., 566, 324, 603 pp., Biffignandi, Córdoba, 1992./1993; *Historia de la filosofía en la Argentina, 1600–2000*, 1486 pp., Ciudad Argentina, Bs. As., 2001.

². *Philosophia Moralis Compendiosa* Metodo traddita conformisque Angelici Doctoris menti, 1 vol. in 8°, 47 folios, Cba., 1774.

tesis sobre el Santo Sacrificio de la Misa. En las dos décadas comprendidas entre 1930 y 1950 aparecieron libros fundamentales que cimentaron todo el sistema filosófico de fiel inspiración tomista.

I

No haré aquí una exposición sistemática (como en mi libro de 1984 o en mi *Historia* de 2001) sino un seguimiento cronológico de sus escritos en cuanto *signos de la propia vida interior* de Derisi. Este seguimiento me ha resultado revelador.

En 1936 era decisivo poner en claro el concepto de filosofía cristiana en un arduo debate en el que habían participado Blondel, Forest, Maritain, Gilson; intervino Derisi para sostener, por un lado, la importancia del acontecimiento histórico del Cristianismo que cambió las condiciones concretas del ejercicio de la razón y, por otro, la desproporción entre el objeto de la filosofía, el ser, y la propia inteligencia que permanece abierta a la recepción de la luz que le falta y que viene de la Revelación. La filosofía, por eso, sin dejar de ser filosofía estricta, es filosofía cristiana³. Dos años más tarde, la sociología positivista de Durkheim le permitió adelantar las líneas esenciales de su epistemología tomista bajo el influjo de Maritain pero con su propio aporte acerca de la diversidad de los objetos formales⁴.

Mientras Derisi pensaba en estos grandes temas era estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras y se consideraba a sí mismo discípulo de Tomás Casares. Apenas dos años después de las últimas publicaciones a que me he referido, produjo su primera obra fundamental, la que no dejó de crecer a lo largo de su vida: su tesis doctoral *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, que a sus 33 años defendió en 1940⁵. Aquel joven maduro mostró cómo es imposible formular una filosofía moral desarticulada del ser; sometió a crítica los sistemas amoralistas para reafirmar el valor de la inteligencia que ve en el *ser* el *bien* trascendental, cuyo efecto formal primario es la perfección intrínseca del ser y cuyo efecto formal secundario es su *apetibilidad*. A lo largo de esta obra poderosa se supone el bien (momento objetivo) y la felicidad (momento subjetivo) en cuanto aspectos del mismo fin intrínseco al hombre; este ordenamiento de la inteligencia a la verdad y de la voluntad al bien como “aspiraciones abiertas al infinito” es como la médula vivificante de toda la obra. En aquella primera edición asoman sus reflexiones sobre la persona y el ámbito de la cultura que ocuparán en el futuro libros enteros. Hoy, en *Los fundamentos*, el lector más exigente puede encontrar páginas excelentes sobre la norma moral, la obligación, la sanción y la virtud. Personalmente he hablado con profesores de fuera del país -recuerdo claramente a algunos

³. *Concepto de filosofía cristiana*, 1ª edición, Gotelli, Buenos Aires, 1936.

⁴. *La estructura noética de la sociología*, 1ª edición, 101 pp., Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1941.

⁵. 1ª ed., 422 pp., prólogo de T.D. Casares, Fac. de Fil. y Letras, Bs. As., 1941.

uruguayos, colombianos, brasileños y españoles- que nutrían su docencia con este libro de Mons. Derisi.

En 1941 apareció el primer volumen de *Filosofía moderna y filosofía tomista*⁶ al que agregará cuatro años más tarde el segundo tomo. Esta obra, que somete a crítica el pensamiento inmanentista desde el *cogito* cartesiano al apriorismo kantiano y desde éste al personalismo no metafísico de Scheler, muestra la vía de salida de la prisión de la inmanencia por el intelectualismo tomista.

A partir de esta obra crítica constructiva se despliegan tres temas fundamentales con los que yo mismo iba a encontrarme en la Facultad cuando fui estudiante: la belleza y el arte, la inteligencia y la persona: uno de los libros más significativos de Mons. Derisi apareció en 1942 sobre *Lo eterno y lo temporal en el arte*⁷. Solía decir que éste era uno de sus libros que más amaba. Y es natural que así fuera porque la belleza era, para él, la perfección ontológica de la forma sensiblemente manifestada que nos permite, luego del *descenso* hacia los seres sensibles, *ascender* hacia la belleza imparticipada. Derisi asimilaba el aporte de Maritain y, al mismo tiempo, avanzaba con su propia reflexión para poner de relieve los dos caracteres irreducibles del arte: lo bello que es lo *eterno* y la expresión sensible que es lo *temporal*; por tanto, la belleza trasciende su encarnación temporal y las formas sensibles son como su cuerpo expresivo; es sumamente sugeridor que Derisi concibiera la técnica como *mediadora* en cuanto ella permite como dos “encarnaciones”, una en el espíritu y otra en la materia artística, aunque siempre medie una distancia inconmensurable. Si miramos a la belleza encarnada, el arte es *eterno*; si atendemos a su existencia concreta, es *temporal*: hay también como dos individuaciones: una común a toda época y otra personal, comunicable (estilo) propias de la belleza “encarnada”. Mientras hoy el arte es deformado o despojado de sentido ya por el racionalismo, ya por el empirismo anárquico, para Derisi el arte *cristiano* “encarna” la belleza en formas sensibles infinitamente inadecuadas pero que son símbolos de lo sobrenatural.

Recuerdo bien con cuanto placer fue recibido este libro; pero mayor fue la impresión que causó la segunda de sus obras esenciales: *La doctrina de la inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás de Aquino*⁸. porque este libro pone el fundamento ontológico-gnoseológico tanto de las obras anteriores como de las posteriores. No se trata solamente de una exégesis docta de los textos de Aristóteles y Santo Tomás aunque las obras de de Corte, Maritain, Garrigou-Lagrange, Lotin o Rousselot, sino de una especulación propia sobre la inteligencia como la facultad del ser, es decir, capaz de penetrar en la esencia de las cosas en cuanto *otra* pero que la hace suya por su acto intelectual. No corresponde exponer ahora el contenido de la obra, sino sólo señalar que del proceso de la inteligencia que hace que existan en acto los inteligibles (intelecto agente) y produce el acto de intelección (intelecto posible) depende toda la estructura de la metafísica y la comprensión del

⁶ . Ed. Sol y Luna, Buenos Aires, 1941.

⁷ . 1ª ed., 180 pp., C.E.D.A., Bs. As.; la 2ª aed., 221 pp., Emecé, Bs. As., 1967.

⁸ . Cursos de Cultura Católica, 302 pp., Bs. As., 1945; 2ª ed., Club de Lectores, Bs. As., 1980.

orden moral. Por eso Mons. Derisi funda aquí las dos funciones, especulativa y práctica; por la primera contempla el *ser*, por la segunda dirige la acción *práctica*; esta última, a su vez, se bifurcará en la función que procura la perfección del sujeto (el *obrar*) y la otra que mira a la perfección de la obra extrínseca (el *hacer*).

Esta obra parecía exigir desde sí misma la que Mons. Derisi dedicó a la persona, tema sobre el que venía trabajando y que publicó en 1950⁹. Creo que este libro, elaborado entre los años 1945 y 1950, es clave para comprender toda su obra, formando una suerte de trilogía con *Los fundamentos metafísicos del orden moral* y *La doctrina de la inteligencia*. Supuesta la unidad y la intencionalidad abierta a la trascendencia, lo esencial consiste en la inmanencia- subjetiva y la trascendencia-objetiva que funda la actividad contemplativa, la actividad moral y la técnico-práctica, cada una de las cuales conlleva la trascendencia del ser como Verdad, como Bien y como Belleza. En este núcleo están como *in nuce* sus otras obras futuras sobre la persona, la cultura, el humanismo y la historia.

Hasta aquí he mostrado un Derisi ya maduro que, sin embargo, rondaba entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años de edad. Es mi época de estudiante universitario y de reciente egresado de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Córdoba; conocíamos a Derisi y hasta mí habían llegado, precisamente, algunos de sus primeros libros, especialmente *Los fundamentos metafísicos del orden moral*. En 1946 apareció el primer número de *Sapientia* que compré en la Librería Cervantes e inmediatamente me sentí identificado con la dirección doctrinal de la revista. Poco después de mi egreso de la Facultad, comencé a publicar en algunas revistas de Córdoba y especialmente en la revista *Arqué* fundada por el prof. Nimio de Anquín en 1952. Un día de ese año, recibí una tarjeta del Padre Derisi invitándome a colaborar en *Sapientia*. Para mí era un gran honor tratándose de un joven de veinticinco años; en esa época, además de Santo Tomás, San Agustín, Blondel, Gilson, leía apasionadamente a Donoso Cortés e, inmediatamente envié al P. Derisi mi estudio sobre “Donoso Cortés en la Argentina” que apareció en el n° 32 de 1953. Allí me quedé para siempre y se entabló una amistad personal que se ahondó y duró por el resto de nuestras vidas y que Monseñor hizo extensiva a mi familia.

Las tres primeras obras fundamentales a las que me he referido antes, fueron entonces como re-conocidas en la persona de su autor; comenzó también una relación epistolar que duró más de cuarenta años. En 1953 cumplió Derisi su jubileo como sacerdote y fue designado por Pío XII Prelado Doméstico de Su Santidad, honor que di a conocer en un artículo del diario *Los Principios*, de mi ciudad¹⁰. La amistad se ahondó. Se hizo un hábito mi visita a Monseñor, cuando era posible, cada vez que “bajaba” a Buenos Aires.

⁹. *La persona. Su esencia, su vida, su mundo*, 394 pp., Inst. de Filosofía, Univ. Nacional de La Plata, 1950.

¹⁰. “Jubileo de Monseñor Derisi”, *Los Principios*, 23.6.63, p. 8, col. 1-3, Córdoba.

Yo alternaba mis artículos en *Sapientia*, *Estudios y Presencia* del P. Julio Meinvielle. En 1956 Derisi me incorporó a la Redacción de “nuestra” *Sapientia*.

II

Los años 1954 y 1955 estaban oscurecidos por nubarrones políticos que Mons. Derisi sufrió en carne propia. Además de sus numerosos artículos, en 1956 publicó el voluminoso *Tratado de existencialismo y tomismo*¹¹. En aquellos años, tanto en América como en Europa, colmaban las aulas universitarias los nombres de Heidegger, Sartre, Jaspers, Marcel; Mons. Derisi ofrece en la primera parte de esa obra, un estudio minucioso seguido de otras dos grandes partes: una dedicada a destacar la “valoración crítica del existencialismo” tanto negativa cuanto positivamente desde el punto de vista de la filosofía tomista; otra dedicada a encontrar “una solución positiva a los problemas planteados” por esa filosofía y que se refieren a la inteligencia, al ser del hombre y a su actividad específica. En esta obra aparece ya una tesis original de Derisi, la que incorpora la *duración* al orden trascendental y que aplicará después a la solución del problema de la historia.

Mientras tanto, yo mismo comenzaba la publicación de mi propia revista *Xenium* en la cual me ocupé de este libro. Aquella revista duró poco: los años 1957, 1958 y un número de 1959. Fue una de mis muchas aventuras: soy especialista en “fundar” y en “fundir” revistas. Mons. Derisi colaboró en ella con su humildad ejemplar.

En 1957 publiqué *Cristocentismo*, el cuarto de mis libros, en el cual negaba la posibilidad de un humanismo cristiano. Mons. Derisi que sostenía precisamente lo opuesto, generosamente publicó una nota en *Sapientia* (nº 48, 1958) gesto que selló aun más nuestra amistad. En el verano de aquel año, él pasó sus vacaciones en Cruz Chica y nos invitó a Celia y a mí. Pasamos un día inolvidable con Mons. Derisi y con su discípulo el P. Eduardo Pironio que le acompañaba.

Grandes preocupaciones ocupaban su ánimo. La primera de todas era la fundación de la Universidad Católica, empresa en la que impuso su tremenda tenacidad y su amor sin límites por la Iglesia. Porque le conocí bien, estoy seguro que fue él quien redactó el decreto fundacional del 7 de marzo de 1958 (entonces conmemoración de Santo Tomás de Aquino). Y luego los estatutos que adoptaban la filosofía del Angélico como base doctrinal (art. 5º). Es completamente inútil (e incalificable) que se quiera, hoy, negar o ignorar este hecho histórico.

En esos días Monseñor adelantó en *Sapientia* lo esencial de mi libro sobre la filosofía de la historia de Donoso Cortés (a quien admiraba) y en medio de tanto empeño encontraba tiempo para publicar artículos y reseñas en su grande revista. Esta pasmosa actividad (precedida siempre por dos horas de contemplación y oración) no le impedía dictar puntualmente sus clases y publicar ensayos como los dedicados a la epistemología de la historia, la libertad y el humanismo

¹¹ . “Emecé Editores, 502 pp., Bs. As., 1956.

auténtico¹². Respecto de la historicidad y duración, son lo mismo: la duración temporal es historia cuando logra el dominio de sí por la conciencia y la libertad; el hombre es histórico en sí mismo (historia personal) y en la sociedad, uniendo lo esencial inmutable con lo existencial cambiante que es sujeto de la *comprehensión* (juicio histórico valorativo). Es natural que, simultáneamente, surja el problema de la libertad y del crecimiento del hombre en la triple trascendencia, objetiva, real y divina. Este crecimiento es el verdadero humanismo que alcanza su plenitud en el humanismo cristiano.

Por esos años –entre 1958 y 1967- me ocupé de sus libros y de su obra en revistas como *Augustinus* y *Xenium* y en obras colectivas como la *The New Catholic Encyclopedia* de Washington, la *Enciclopedia Filosofica di Gallarate* y la *Enciclopedia Proliber* de Madrid. Aquellas notas, algunas reeditadas en años posteriores eran, para mí, espontáneos testimonios tanto del valor objetivo de la obra de Derisi como del afecto personal.

Pero él no daba respiro. El número de artículos en revistas de América y Europa no sólo no disminuía sino que iba en aumento. A pesar de sus funciones de Rector y del crecimiento de la Universidad, en 1963 publicó una obra de mucho empuje sobre la cultura y los valores, dos ensayos, uno sobre San Agustín y otro sobre Heidegger, y mostró todos sus desvelos sobre la Universidad en su libro de 1969¹³. En la primera, Derisi repiensa sus grandes temas. Me parece que muestra dos nuevas contribuciones: una sobre la fundación de una *axiología tomista* que considera *valores* a los bienes aún no existentes y que el hombre puede hacer existir para su propia perfección; otra, consiste en su tesis sobre la cultura europea que no es por cierto, la actual anticultura antieuropea e inmanentista, sino la que es encarnación de “el ideal del humanismo cristiano”; a su vez, Derisi pensaba que a Hispanoamérica le está reservado un papel decisivo en la reconquista de aquel espíritu hasta el punto que quizá pueda “devolverlo renovado a la vieja Europa”. En esta misma línea, afirmaba que el pensamiento de San Agustín contribuirá con su aporte, siempre actual, y el de Heidegger sólo en la medida en la cual se compruebe, por un lado, la coincidencia con Santo Tomás en cuanto a la consideración fenomenológica del *ser* y por otro, se libere al *sein* heideggeriano de las limitaciones y deformaciones que conlleva su método. Mientras el *sein* de Heidegger se agota en la pura presencia, el *esse* tomista se manifiesta como siendo por participación del *esse a se*.

A esta altura de actividad contemplativo-activa de Mons. Derisi, su obra parecía hasta cierto punto plena. Sin embargo no era así. Recomenzaba con nuevo impulso. El año 1970 el Santo Padre

¹². Me refiero a *Ontología y epistemología de la historia*, 55 pp., Univ. Católica Argentina, Bs. As., 1958; *Metafísica de la libertad*, 43 pp., Academia del Plata, Bs. As., 1961; *Para la construcción de un humanismo auténtico*, 62 pp., Diagrama, Bs. Aires, 1962.

¹³. *Filosofía de la cultura y de los valores*, 330 pp., Emecé Editores, Bs. As., 1963; *Actualidad del pensamiento de San Agustín*, 111 pp., Ed. Guadalupe, Bs. As., 1965; *El último Heidegger*, Eudeba, Bs. As., 1968. *Naturaleza y vida de la Universidad*, 233 pp., Eudeba, Bs. As., 1969; hay dos ediciones posteriores.

le designó Obispo Auxiliar de La Plata. A su intensa labor filosófica, a sus arduas funciones de Rector, se agregaban ahora nuevos deberes esencialmente pastorales. Habían pasado otros veinticinco años.

III

Cinco lustros más le aguardaban como un camino de plenitud.. Como el nogal añoso, esperaba esta etapa final para ofrecer los frutos sazonados de su labor intelectual y de su vida espiritual.

Confieso que me llena de afectuosa satisfacción comprobar que nuestra amistad se hizo cada día más profunda. También aquel muchacho de veinticinco años atrás, tenía ya las marcas y cicatrices del tiempo. He encontrado y leído algunas de mis cartas –verdaderas confesiones- que Monseñor jamás dejó de responder con su corazón de amigo y de pastor.

No podré olvidar jamás los desvelos y sufrimientos que me produjo la organización del IIº Congreso Nacional de Filosofía que se llevó a cabo en Alta Gracia, convocado por la Universidad de Córdoba entre el 6 y el 13 de junio de 1971. El ambiente político argentino estaba enrarecido; la fidelidad a la tradición nacional y a la fe católica desató enormes sinsabores que duraron más de diez años. Monseñor los conocía a todos y muchas veces conversamos sobre ellos en mis regulares visitas a la sede del rectorado de calle Junín 1912. Participó Monseñor de aquel Congreso con una comunicación sobre Jean Paul Sartre.

En esas circunstancias, en 1972, incorporó los Cursos de Cultura Católica a la Universidad y publicó su valiente libro sobre la filosofía y el orden temporal¹⁴. Derisi denuncia en ese libro el escepticismo filosófico y teológico que procura la destrucción de la Iglesia desde dentro de Ella misma; le alarmaba que la Iglesia se dedicara a resolver problemas temporales con descuido del orden de la gracia. La única liberación legítima que ofrece la Iglesia es la del maligno y el pecado, y, en cuanto al “diálogo” nadie lo ha promovido y practicado como la Iglesia por la predicación, los Sacramentos y la Eucaristía. Por eso, para Monseñor, la “manía del cambio” constituye una suerte de conjunción del orgullo con la ignorancia. La fe de niño que tenía Monseñor Derisi, no le permitía dudar un solo instante del resurgimiento de la Iglesia “purificada y renovada de esta prueba y herejía generalizada, acaso la más grave y profunda de su historia”. Exactamente en ese año Monseñor publicó en *Universitas* varios de mis artículos sobre el mismo tema, los que eran adelantos de mi libro *La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, publicado en Buenos Aires en 1974.

Monseñor Derisi participó, creo, de casi todos los Congresos Tomistas de Roma. En 1972 asistimos en Brasilia al VIII Congreso Interamericano de Filosofía que era, en cambio, una reunión multitudinaria que tuvo para nosotros efectos asombrosos. Habíamos entablado amistad fraterna con

¹⁴ . *La filosofía y el orden temporal*, 222 pp., Eudeba, Bs. As., 1972.

el Padre Stanislavs Ladusāns, S.J. en el Congreso de Alta Gracia un año antes; en Brasilia, a instancias suyas, el 3 de noviembre, nos reunimos los católicos y dejamos fundada la Asociación Católica Interamericana de Filosofía cuyo fin era la expansión y profundización de la filosofía cristiana en el continente; por mandato de la Asociación, nos comprometíamos a fundar una Asociación o Sociedad Católica en cada nación. Es lo que inmediatamente hicimos Monseñor y yo, dejándola fundada en la sede del rectorado de la UCA el 2 de abril de 1973. La trágica situación del país en aquellos años, nos impidió desarrollar mayor actividad interna, no así en países vecinos, como Brasil y Chile.

Volvimos a estar juntos en las Jornadas del gran Congreso Tomista Internacional Roma-Nápoles, del 17 al 24 de abril, en el cual Mons. Derisi entabló una profunda amistad con el Cardenal Karol Wojtyla. En una reunión en Roma, impulsada por el P. Benedetto d'Amore O.P., a la que asistí como representante oficial de la ACIF, se pusieron y aprobaron las bases de la Sociedad Internacional Santo Tomás de Aquino (S.I.T.A.) que dos años más tarde, por iniciativa personal del Cardenal Wojtyla, quedó formalmente constituida.

Mientras tanto, Mons. Derisi publicó otra obra de aliento: *Santo Tomás y la filosofía actual*¹⁵. y al mismo tiempo, un breve ensayo sobre la cultura en la Colección Esquemas de la editorial Columba¹⁶. La primera retoma el ancho surco abierto por *Filosofía moderna y filosofía tomista* (1941, 1945). Al comenzar, advertía al lector: “de más está decir que en mi intención, estos escritos no quieren ser una nueva repetición del pensamiento del Angélico Doctor, sino una profundización del mismo, de sus principios, sobre todo, para reelaborar con ellos una solución a los problemas actuales de la filosofía, muchos ni siquiera planteados por el propio Santo Tomás”. En las cuatro partes de la obra está todo Derisi: la actualidad del tomismo, la crítica del intelectualismo tomista a la filosofía actual, su posición ante la fenomenología existencial y la mutua relación entre axiología y moral. Sobre esta cuádruple instancia publiqué una minuciosa recensión en el n° 117 de *Sapientia* del mismo año (p. 217-220), todo lo cual, sumado al nuevo ensayo publicado por Columba, probaba, a mi parecer, que Mons. Derisi era fundador de una verdadera axiología tomista.

Esos años fueron para mí muy dolorosos. Fue asesinado Carlos Alberto Sacheri y fallecieron el Padre Guillermo Furlong, mi querido maestro en la investigación histórica y Michele Federico Sciacca, amigo del alma, a quien me unía una hermosa hermandad desde 1954. Ambos, junto a Mons. Derisi, dejaron profunda huella en mi inteligencia y en mi corazón.

Debo recordar que, desde 1973, el P. Stanislav Ladusāns había comenzado en San Pablo la organización de Cursos que, muy pronto se transformaron en Congresos. Mons. Derisi (en Petrópolis, en Bahía, en San Pablo, en Río) era una figura y un maestro habitual; a veces iba

¹⁵ . 508 pp., Univ. Cat. Arg., Bs. As., 1975.

¹⁶ . *Esencia y ámbito de la cultura*, 70 pp., Ed. Columba, Bs. As., 1975.

acompañado por su hermana Ernestina que cuidaba empeñosamente a su hermano Nicolás, como ella le llamaba.

En julio de 1978 fuimos con Monseñor al Simposio Interamericano que había convocado la Sociedad Mexicana de Filosofía para celebrar sus 25 años. Allí, un grupo de jóvenes se acercaron él y le rodearon de afecto. Recuerdo que Monseñor, mirándolos, me dijo al oído: “éstos son de los nuestros”. Ese grupo, inspirado en el ejemplo del mártir Ramón Plata Moreno, amigo a su vez de Sacheri, constituyó la Congregación Cruzados de Cristo Rey en Puebla. Allí, donde los vimos nacer y crecer, han levantado un Seminario bajo la advocación del P. San Miguel Agustín Pró. Hoy, el gran edificio del Seminario consta de varios cuerpos. Uno de ellos tiene como nombre Octavio Nicolás Derisi.

Como puede comprobarse por el simple relato, la obra teórica, la actividad apostólica y la labor pastoral son como tientos de la misma trenza. Fue en San Pablo, en julio de 1977, cuando la ACIF decidió encargar a la Argentina la organización del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana. No narraré aquí los trabajos inauditos y los terribles sufrimientos que tuvimos que soportar. Sólo recordaré que, como un hecho natural, Mons. Derisi fue su Presidente y que el magno Congreso convocado para celebrar el Centenario de la *Aeterni Patris* se llevó a cabo en Embalse, Córdoba, entre el 21 y el 27 de octubre de 1979. Los cinco grandes volúmenes de sus actas, son testimonio de lo que Mons. Derisi llamó “una verdadera enciclopedia de la filosofía tomista y cristiana en sí misma y en su relación con la filosofía moderna y contemporánea”.

Como si todo cuando digo fuera poco, entre 1978 y 1979 Mons. Derisi publicó cuatro libros: uno, que es el más hermoso fruto de la madurez, sobre la palabra y los otros sobre la persona (uno de sus grandes temas), sobre la vida del espíritu y sobre un antiguo conocido suyo: Max Scheler¹⁷. El primero, fundado en la metafísica de la participación del *esse*, muestra cómo todo ser es “pronunciado” o nombrado por Dios y nada existe que pueda ser añadido a la Palabra; la inteligencia vuelve a decir o de-vela la palabra en su acto y comienza nuevamente a ser palabra pronunciada en acto. De ahí que el universo sea como un “inmenso sacramento” que conduce al verbo humano hacia el Verbo divino. La palabra discente alcanza a ver en cada ente a la Palabra en la penumbra de la analogía. La metafísica tradicional no ha “olvidado” el ser sino que es la perenne memoria del ser. El nuevo libro sobre la persona debería ser leído teniendo al lado *La persona* de 1950, porque es como su ampliación y desarrollo. A partir de la metafísica de la persona, cuya inteligencia, en su acto propio, logra superar su finitud, Mons. Derisi enseña que la persona es no sólo onto y teocéntrica, sino *imago Dei* por la inteligencia, la voluntad y la libertad. En esta obra son muy valiosas las páginas dedicadas al esclarecimiento de la ley natural, del derecho natural y su

¹⁷ . *La palabra*, 294 pp., Emecé Editores, Bs.As., 1978; *Esencia y vida de la persona humana*, 212 pp., Eudeba, Bs.As., 1979; *Vida del espíritu*, 132 pp., Librería Huemul, Bs.As., 1979; *Max Scheler. Ética material de los valores*, 214 pp., EMESA., Madrid, 1979.

diferencia y relaciones mutuas. En un artículo que publiqué sobre este libro señalaba que Mons. Derisi logra mostrar la inserción del tomismo en la tradición patrística y agustiniana¹⁸. Desde estos supuestos, vuelve Monseñor a fundamentar el verdadero humanismo y a través de “la maravilla del conocimiento intelectual” las profundidades de la “vida del espíritu”.

Es conveniente volver ahora al aspecto testimonial de esta relación, porque, en 1981, Monseñor concluía su largo rectorado al frente de la Universidad; ese año, la Sociedad Católica Argentina de Filosofía debía dar cumplimiento a lo resuelto en el Congreso Mundial: realizar Congresos bi-anales. El Primer Congreso Católico Argentino de Filosofía se realizó en Vaquerías (Sierras de Córdoba): los siguientes, en 1983, 1985, 1987. 1989. 1991, 1993 y 1995, en San Antonio; los de 1997 y 1999, en el Hotel Golf de Ascochinga. Si contamos el Congreso Mundial, son veinte años de intenso trabajo. Monseñor Derisi, designado por la Sociedad Presidente honorario vitalicio, estuvo presente, rodeado del afecto de todos, hasta el 2º Congreso de 1989 en la Residencia Franciscana de San Antonio, por cuyos corredores y salones se trasladaba en su silla de ruedas. La Revista *Filosofar Cristiano* se transformó en una suerte de bi-anuario, que publicó las actas hasta el n° 32, dedicado a *América y Cristianismo en el Quinto Centenario* (405 pp., Córdoba, 1995). Durante esos veinte años habíamos seguido viajando a San Pablo y a Río de Janeiro. Nuestros Congresos, a pesar de su modestia, recibieron a hermanos de Uruguay, Brasil, Paraguay y México. La SCAF sostuvo, alentó y fue vehículo de vocaciones diversas. Monseñor, en estos años maduros, siempre estuvo presente, ante todo con su querida revista *Sapientia*, en los Congresos tomistas de Roma, en las Semanas de la Sociedad Tomista Argentina y en los Cursos de Cultura Católica ahora dirigidos por Carmelo Palumbo.

En aquella década del 80, todo parecía maduro para que cuanto Monseñor había sembrado, diera su fruto merecido. Quiso la Providencia que diversas circunstancias hicieran nacer en mí el proyecto de escribir un libro sistemático sobre su obra: *Octavio Nicolás Derisi, filósofo cristiano* que publicó la Universidad Católica Argentina a fines de 1984. Por el color de sus tapas, yo le decía que era “el libro rojo de Monseñor Derisi”, y él reía de buena gana.

Parecería que a esta altura de su vida, ya podía “retirarse”. No. Todavía faltaba la cosecha de los frutos más maduros. Lo visitábamos siempre en la pequeña oficina que tenía entonces en calle Juncal, donde seguía trabajando, entregado a su piadosa vida de santo sacerdote. En 1985 publicó los dos volúmenes de *Estudios de Metafísica y Cosmología*. El primer tomo, la Metafísica, que me dedicó sin mérito alguno mío; el segundo, la *Gnoseología*, dedicado a un amigo del alma como lo era el filósofo brasileño José Pedro Galvão de Sousa¹⁹. Cinco años más tarde, le adjuntó un volumen más como Apéndice, dedicado a sus hermanas Ana María, Cristina y nuestra amiga

¹⁸ . Recensión En *Filosofar Cristiano*, IV, n° 7-8, p. 192-195, Córdoba, 1980.

¹⁹ . *Estudios de Metafísica y Gnoseología*. I, *Metafísica*, 366 pp., II, *Gnoseología*, 285 pp., Educa, Bs. As., 1985.

Ernestina. Si a estos libros se agregan dos más dedicados al humanismo cristiano y a la Teología natural, se puede contar con todos los contenidos doctrinales sistemáticos de la Metafísica tomista relacionados y expuestos en una suerte de admirable empuje final²⁰.

Juntos estuvimos en el II Congreso Mundial de Filosofía Cristiana en Monterrey (México) en 1986. Poco antes, en 1983, Monseñor tuvo la excelente ocasión de escribir un libro autobiográfico en el cual narra todas sus vicisitudes, desde los Cursos de Cultura Católica y la fundación de la Universidad hasta el significado mismo de la Universidad para la vida cultural de la Argentina²¹.

Monseñor Derisi se nos había comenzado a ir. Pero dejaba detrás suyo una herencia grande. Para la filosofía cristiana en Hispanoamérica ha sido y es una figura insoslayable. Después de escribir mi *Historia de la Filosofía en la Argentina, 1600-2000* que, en realidad terminé en julio de 1999, quedé definitivamente convencido. El Tomismo en la Argentina alcanzó en él su presencia más rica. Tengo el consuelo de saber que cuando apareció mi obra en 2001 en la cual él tiene el lugar que merece, el prof. Brochard y el Dr. Palumbo se la llevaron inmediatamente, y llegó a conocerla.

En el resto de América, sus obras y su persona eran y son leídas con devoción. En Brasil dejó un grupo de discípulos; en San Pablo, Pedro Galvão de Sousa me decía un día: “Mons. Derisi es mi maestro y es mi Obispo”; Fernando Arruda Campos lo exponía en su obra *Tomismo hoje* al examinar el desarrollo de la filosofía cristiana²². En Río recuerdo a Gerado Dantas Barreto y a su amigo Mons. Emilio Silva de Castro. Los paraguayos que venían a nuestros Congresos en San Antonio, los que preguntaban por Monseñor en Bogotá, como el Dr. Ramón Bulla Quintana, que enseñaba en la Facultad por sus libros. Los de Puebla, con el Padre José Pereda Crespo, fundador de los Cruzados de Cristo Rey y los laicos de la UPAEP de Puebla, como José Arrubarrena y Juan Louvier; los de la ciudad de México y los de la República Dominicana, los autores que se ocuparon de su obra son citados por mí en la Bibliografía de mi *Historia de la Filosofía en la Argentina*²³.

El número de sus discípulos en la Argentina es muy grande: muchos de los que fueron sus alumnos en el Seminario de La Plata, muchos de los colaboradores de *Sapientia*, casi todos los integrantes de la Sociedad Tomista Argentina, comenzando por su actual presidente Mons. Ponferrada, muchos de los integrantes de los Cursos de Cultura Católica comenzando por su actual presidente Carmelo Palumbo. ¿Para qué seguir? Creo que nos es necesario. Retomemos, más bien, la narración testimonial.

En el tiempo que corre desde 1990 (cuando celebró sus sesenta años de sacerdote y veinte como Obispo) en adelante, todos sabemos cómo su salud se deterioraba lentamente. Se acercaba el

²⁰ . *Cultura y humanismo cristiano*, 237 pp., Educa, 1986; *Tratado de Teología Natural*, 184 pp., ib., 1988.

²¹ . *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo. A los 25 años de su fundación*, 286 pp., Univ. Cat. Arg., Bs., As., 1983.

²² . *Tomismo hoje*, 402 pp., Edições Loyola, São Paulo, 1989.

²³ *Historia de la filosofía en la Argentina. 1600-2000*, p. 1295-1296, Ciudad Argentina, 2001.

Quinto Centenario del descubrimiento de América y Monseñor tuvo la generosidad increíble de leer los originales de mi libro *El Nuevo Mundo* y escribir el hermoso prólogo con el cual fue publicada la obra. En una de mis visitas, me dijo: ahora, antes de morir, quiero publicar un libro sobre la Virgen María, mi madre del Cielo. Ahora que tengo a la vista un ejemplar de esa breve obra, debo decir que no es un libro *sobre* la Virgen María, sino un libro *a* María. Es una oración plena de amor filial que revive y contempla los misterios marianos. Como un niño a su Madre, así se dirige Monseñor a María de quien no podía hablar sin que sus ojos se llenaran de lágrimas.

En 1995 celebró sus Bodas de Plata episcopales. Ya retirado en el departamento de calle Basavilbaso, Celia y yo le visitábamos cada vez que veníamos a Buenos Aires. Visitas muy breves, pero llenas de amor y veneración. Un día de esos le dije al oído al despedirme; Monseñor, cada día en la Misa, lo tengo presente. Y él me contestó: “y yo a vos”

El 22 de octubre de 2003, Monseñor partió. Dios lo tiene en su gloria.

Córdoba, 6 de mayo de 2003.

Conmemoración de San Juan ad Portam Latinam.